

Marion Muller-Colard

EL OTRO DIOS

LA QUEJA, LA AMENAZA Y LA GRACIA

Traducción del francés

RUBÉN MARTÍN GIRÁLDEZ

FRAGMENTA EDITORIAL

Título original *L'autre Dieu. La Plainte, la Menace
et la Grâce*
Labor et Fides, Ginebra, 2014

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL
Plaça del Nord, 4
08024 Barcelona
www.fragmenta.es
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 68

Primera edición OCTUBRE DEL 2020

Dirección editorial IGNASI MORETA
Diseño de la cubierta ELISENDA SEVILLA I ALTÉS

Impresión y encuadernación ROMANYÀ VALLS, S.A.

© 2014 LABOR ET FIDES
por el texto

© 2020 RUBÉN MARTÍN GIRÁLDEZ
por la traducción del francés

© 2020 FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. U.
por esta edición

Depósito legal B. 12451-2020
ISBN 978-84-17796-36-5



Con la colaboración del Departament
de Cultura de la Generalitat de Catalunya

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

PRINTED IN SPAIN

Con y para Samuel

De la misma manera que nadie os pidió vuestra opinión para traeros a este mundo, se os prohibirá —moralmente— salir de él como os venga en gana, ¡y a esta cárcel la llamamos libertad! Por eso no está mal, y hasta se antoja un poco más tolerable al menos, que nos hayamos dado a Dios por carcelero.

Pierre REVERDY, *En vrac*, Flammarion, 1989

Las barbaries, las atrocidades de la historia, transmitidas de siglo en siglo, de descendiente en descendiente, la perturbaban muchísimo [...]. Pero conservaba, a pesar de dichas realidades, el gusto y la certeza de la esperanza. Descuidando las salmodias, reacia a las genuflexiones, saludaba al amanecer cuando se hacía la luz. ¿Era Dios la fuente? Un Dios insondable que los seres vivos trataban, en vano, de reducir.

Andrée CHEDID, *La femme de Job*, Calmann-Lévy, 1993

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	II
LA QUEJA	19
LA AMENAZA	55
LA GRACIA	89
<i>Epílogo</i>	123

PRÓLOGO

ES UNA LÁSTIMA, pero no existe ninguna formación universitaria que nos prepare para la impotencia.

Aunque yo he hecho de ello mi profesión y me he consagrado unos cuantos años en cuerpo y alma a un ámbito tan poco hospitalario como la enfermedad y la consiguiente muerte, a veces.

Me habría gustado poder sacar de mis estanterías algún viejo manual de la facultad, un libro mágico, un grimorio. Unos cuantos aforismos de provecho.

Con frecuencia, la tercera edad es una desgracia que se prolonga sin prisas (es lo que se le suele reprochar) hasta la muerte como quien no quiere la cosa. Si hemos logrado la proeza de alargar la vida está claro que no ha sido por el lado bueno. Hemos conseguido atiborrar de existencia a hombres y mujeres que hace años que traspasaron el límite de su saciedad. Nadie se imagina lo fasti-

dioso que es vivir sin ganas. La bendición bíblica más antigua, que recayó finalmente sobre Job tras muchos tormentos —morir saciado de días—, se ha convertido en suplicio. Tendríamos que poder morir recién comidos, después de dar gracias. En cambio, se nos ata a la silla y aquí estamos, castigados a permanecer en la mesa durante una comilona interminable. Por buena que sea, la simple visión de lo que aún queda es desalentadora.

Hay una sarta de males que quitan rápidamente las ganas de vivir: toda una serie de debilidades, la soledad y la cotidianidad de los duelos, la pérdida de visión, de olfato, de gusto, la delicuescencia del deseo. Podemos catalogarlo todo con la etiqueta *depresión geriátrica*, si es que nos tranquiliza condensar la desesperación en dos palabras.

Yo iba sin estas dos palabras, ni una traía, cuando llamé a la puerta de la anciana. Me habían enviado. Me habían sugerido que fuese a verla. Pero me habían indicado el camino como esos paisanos que, desde sus tierras, indican al caballero la ruta hacia la gruta del dragón. Me mandaron con un gesto de la barbilla, con mirada inquieta. La ausencia de comentario me daba a entender que lo comprendería enseguida por mi cuenta.

De camino, repasé mis opciones. Me habían enseñado griego y hebreo, un poco de latín, de dogmática íbamos bien. El famoso método histórico-crítico, historia a punta pala, una pizca de filosofía.

Pero ni los dragones ni los viejos ni los enfermos hablan ni griego ni hebreo.

Llegué con las manos vacías, a pie, y con los pies me sobraba. La anciana iba en silla de ruedas.

Lo suyo fue odio a primera vista. Detestó mis piernas, mi movilidad, aquella facilidad mía para respirar. Cada uno de mis gestos agudizaba una de sus aflicciones. Por no hablar de mi juventud. Tenía veintitrés años. Estaba radiante, lo quisiera o no. Y todo aquello, adornado con la audacia de una sonrisa.

Mi cuerpo entero, aquel cuerpo de disfrute y disponibilidad, aquel cuerpo de muchacha sabedora de su porvenir, un cuerpo tan acomodadizo que podía olvidarme de él con toda tranquilidad: mi cuerpo entero arrinconaba con desfachatez a la anciana en el refugio de su infierno.

Me propuso que me sentase para ponerme a su altura. O para poder, quizás, detestarme con mayor firmeza. Mi presencia suponía la oportu-

nidad de darle un poco de consistencia a aquel tiempo monótono que se le escurría encerrada en su apartamentito. Entonces empezó con trivialidades. Trivialidades amargas, pero da lo mismo, cosas tolerables. No quería perderme demasiado rápido.

Señaló motivos de desolación. Los nombró con reticencia y yo tenía poco que hacer salvo asentir. A veces bajaba la mirada. Por la ventana, el verano me atrapaba y me costó quedarme un rato más. Notaba en la frente el peso de la mirada afilada de la vieja. El verano solo me guiñaba el ojo a mí. Ella se daba cuenta claramente, a pesar de su miopía. Y sabía que no tardaría en marcharme de allí. Que mi pequeño esfuerzo por compartir unos instantes su escondrijo era bastante ridículo. Aquella ascesis de media hora no me costaba gran cosa. Pero para ella se trataba de su vida, en sustancia: la sucesión caótica de horas huecas, de días y semanas que a ningunas ganas de vivir animaban.

Entonces las quejas dieron paso a la Queja. La verdadera Queja, que fue *in crescendo*. Afluyó como un estertor surgido desde las profundidades de los tiempos. No recuerdo las palabras: a la

Queja le importan un comino las palabras. No las necesitaba. No eran más que un pretexto. La Queja ya no tenía objeto. Era la Queja en persona, y yo la reconocí.

No se pone esperanza sobre la Queja como quien pone una tirita. Viéndome acorralada, deslicé una mano en el bolsillo de la blusa, apreté entre los dedos mi Biblia, como lista para desenvainar. Si me descolgaba con un versículo-embeleco, la Queja se me tiraría a la yugular. Si me quedaba callada, lo mismo. Se había apoderado de la anciana, la había maniatado, la tenía a sus órdenes. El asunto es que yo contaba con una pequeña ventaja sobre ella. Veintitrés años de edad y no las tenía todas conmigo, no había aprendido nada categórico ni definitivo en mis estudios de teología, pero no era la primera vez que me topaba cara a cara con la Queja. En boca de un hombre infinitamente más viejo que la vieja.

Entonces saqué mi Biblia, la abrí por las páginas de Job y leí:

Que desaparezca el día en que fui engendrado
y la noche que dijo: «¡Ha sido concebido un varón!»
¡Que se vuelva tinieblas ese día,

que Dios, desde lo alto, se desentienda de él
y que no brille ya sobre este la luz!
¡Que den cuenta de él las tinieblas y la sombra de la
muerte,
que se le pose encima la niebla,
que lo aterricen los eclipses del día!
¡Que de esa noche se apodere la oscuridad,
que no se integre ya a los días del año,
a la cuenta de las lunas, que no llegue!
¡Que sea esa noche estéril,
que no la penetre ningún grito de júbilo!
¡Que la execren los que maldicen el día,
esos prestos a despertar a Leviatán!
¡Que se enturbien las estrellas de su alba,
que se quede esperando la luz y... nada!
¡Que no vea los párpados de la aurora!
Porque no me cerró las puertas del vientre
donde estaba
y no escondió a mi vista la miseria.¹

No soy yo quien visita a la anciana señora ese día.
Es mi viejo hermano Job. Es a él a quien abrió
la puerta a la semana siguiente, con una sonrisa
que ella misma se asombró de encontrar en sus
archivos.

¹ Job 3,3-10.